

Flavia Crognale

Paula Olcese

LA MAGIA DEL

CAMBIO

Historias reales
de transformación
y propósito

FLAVIA CROGNALE
PAULA OLCESE

LA MAGIA DEL CAMBIO

Historias reales de transformación y propósito

ÍNDICE

9	PRÓLOGOS
13	CAPÍTULO 1. Quiero ser, quiero estar
23	CAPÍTULO 2. Abracadabra
31	CAPÍTULO 3. Buscando los resortes invisibles y las palabras mágicas
41	CAPÍTULO 4. Pareja de baile, ¿cuántos bailes?
53	CAPÍTULO 5. Hay dos veredas para una misma calle, y las dos te llevan...
61	CAPÍTULO 6. Fuera del reactor también ocurren reacciones químicas
71	CAPÍTULO 7. Sentirse accionista sin serlo
81	CAPÍTULO 8. Ni implosión ni explosión. ¿Decisión?

91	CAPÍTULO 9. Rearmado molecular de la mente femenina
101	CAPÍTULO 10. Conectar para seguir
109	CAPÍTULO 11. Asumir los riesgos
117	CAPÍTULO 12. Hay un Camino hacia delante. Dejamos semillas hacia atrás
123	PALABRAS FINALES
125	BIBLIOGRAFÍA

CAPÍTULO 1

QUIERO SER,
QUIERO ESTAR

PAULA

Soy la mujer más común que he conocido, y siempre he sido consciente de ello. Desde niña, me costó encontrar un lugar en el mundo, hasta que comprendí la necesidad de construirlo por mí misma. No destacaba en destrezas físicas, pero el estudio era un refugio y, dentro de él, la certeza de que ayudar a otros me otorgaba una especie de propósito. Me eligieron la mejor compañera en el colegio y en la universidad. Estos son los hechos. No hay claves ocultas. Solo constancia, coraje, la necesidad de pertenecer, iniciar ese tránsito que en el coaching se conoce como “El camino de las baldosas amarillas” para aprender a enfrentar miedos, a centrar la atención en lo que se quiere alcanzar y a reconocer qué es lo que está impidiendo el progreso.

Quiero ser, quiero estar

Nací en 1971, en Avellaneda, en una casa donde los medicamentos no eran solo objetos en un estante, sino piezas de un rompecabezas mayor. Mi padre, médico, llevaba en su maletrín pequeñas cajas que mi hermana Cecilia y yo ordenábamos

como si en ello residiera la estructura del mundo. Ensayábamos sus nombres, los repetíamos en voz alta. *Betametasona*. La palabra tenía un ritmo, una presencia. Repetirla era casi una invocación.

Luego estaban los libros. Textos de tapa dura, gruesos, escritos en un lenguaje que a primera vista no entendíamos. Bioquímica. Patología. Medicina Legal.

Nos atraían por lo que prometían: respuestas, estructura, un orden que parecía inquebrantable.

Jugábamos a ser médicas, farmacéuticas, científicas. Teníamos guardapolvos en los que mamá había cosido nuestros nombres y con ellos nos sentíamos como si ya hubiéramos llegado.

No llegamos. No de inmediato. Preguntábamos, buscábamos, tratábamos de entender.

Nos hacíamos preguntas, cada vez más interesantes y divertidas, y nos gustaba generar asombro la una en la otra. Hacer una buena pregunta era más importante que encontrar la respuesta. Hoy sigo pensando que es así. Cada escalón en la escalera de la investigación infantil duraba un tiempo, y nos íbamos volviendo más sofisticadas en los cuestionamientos.

Y luego, una demanda que mi padre respondió con la mejor elipsis: ¿cómo podía un comprimido, idéntico a otro, hacer algo distinto? ¿Qué diferenciaba a la betametasona de cualquier otra sustancia? “La magia de la química”, dijo él, señalando un libro que contenía respuestas que aún no sabía leer.

La pregunta quedó conmigo. Sobrevivió al paso de los años, a los juegos infantiles, a la secundaria, a la universidad. Se transformó en certeza: quería entender, hacer, fabricar, construir.

Deseaba ser farmacéutica industrial.

Quería estar en esa industria, pertenecer a ella, sostener en mis manos algo concreto, algo con impacto real.

Pero el mundo que deseaba parecía inaccesible. La industria farmacéutica era una entidad lejana, reservada para otros. Observaba a los profesores, a los compañeros que ya trabajaban en laboratorios, y los veía como parte de otro ecosistema, una estructura hermética a la que no sabía cómo ingresar. Soñaba con encontrar la llave, con descubrir la forma de atravesar la barrera.

Tenía ansias de:

- hacer,
- fabricar,
- promover,
- construir,
- pertenecer,
- estar ahí,
- entender cómo se siente tener la calidad y la producción en mis manos,
- ser protagonista.

La fórmula de la betametasona estaba en los libros de mi padre. Pero el acceso, la auténtica entrada a ese mundo, no estaba allí.

Y yo tenía que encontrarla.

FLAVIA

Hace calor. Por supuesto que hace calor. ¿Cuándo no lo hace en febrero? Nací con la gran misión de inaugurar la paternidad de mis progenitores. Un experimento. Nadie sabe realmente lo que se hace con el primer hijo, aunque juren lo contrario. Lo comprobé cuando me tocó criar al mío.

Balcarce es mi ciudad natal. Sus calles, su gente, atesoran gran parte de mi historia.

También es donde desarrollé mis primeras conexiones emocionales. En mi infancia, mis recorridos incluían la Plaza Libertad, un sitio al que la gente suele referirse con afecto especial. En mis ojos de niña los árboles formaban un monte donde podía perderme, los charcos de la lluvia eran lagunas calmas. ¿Bonita? Sí. Para una niña que caminaba de la escuela a su casa, era suficiente. Ni más ni menos, era *la libertad de ser*.

Balcarce también tiene la distinción de ser la tierra natal de Juan Manuel Fangio, un piloto excelso que no solo tuvo la capacidad de manejar un automóvil a velocidades imposibles, sino que lo logró sin caer en la desesperanza absoluta que, sospecho, acompaña a la vida en un pueblo pequeño. Un micromundo que me nutrió de historias fantásticas con este piloto como protagonista. Parte de su historia también se convirtió en mi inspiración.

Crecí en una familia de clase media, lo cual significa que tuvimos suficiente para vivir sin excesos. Tengo dos hermanas, Natalia y Maru. Jugamos a muchas cosas: ser madres de muñecas, ser veterinarias, ser exploradoras. ¿Qué significa esto? Que nuestra infancia fue compartida y divertida como para vislumbrar que las responsabilidades adultas nos resultaran entretenidas.

La curiosidad es algo que siempre me acompañó. Aprender, explorar, moverme. La vida y el tiempo son sabios, muchas veces se anticipan y así nos preparan para vivencias que vamos a experimentar en el futuro. Acumulamos mudanzas. En mi caso, mudanzas constantes debido a la profesión de mi padre. Nada enseña resiliencia como levantar y embalar una casa entera cada pocos años. Esto lleva a fortalecer el propio yo, a abrirse a nuevas experiencias. Algo nuestro se queda en ese lu-

gar, en las personas con las que uno se relaciona. Otra parte invita a seguir creciendo y explorando.

Con las mudanzas se nos hace carne dos cosas: una, que la nostalgia es inevitable, y dos, que las despedidas se vuelven más eficientes con la práctica. Los movimientos implican cierres y aperturas. Los lugares que habitamos nos transforman.

Siempre fui una ávida lectora. La lectura es la mejor forma de viajar sin necesidad de hacer valijas ni soportar aeropuertos. También hice danza, teatro y participé en actividades comunitarias.

Mar del Plata fue mi siguiente destino. Una ciudad con mar, turistas y la oportunidad de trabajar en equipo para mejorar la comunidad. Me dediqué a proyectos que buscaban hacer la diferencia: pintar escuelas, conseguir materiales, lograr que la municipalidad hiciera mejoras. Lo que descubrí en ese proceso fue que el mundo solo cambia cuando se lo empuja.

Luego vino Otamendi y la elección de una carrera. Empecé estudiando Sistemas y Tecnología. Esto duró hasta que imaginé una vida entera rodeada de códigos y decidí que la existencia tenía que ofrecer algo mejor. Hice el cambio a la Licenciatura en Marketing, porque me gusta la gestión y, sobre todo, el logro. Y lo conseguí: fui universitaria.

Después, por si fuera poco y en la búsqueda de seguir creciendo, estudié y obtuve el título de Contadora Pública. También me especialicé en Calidad, lo que básicamente significa que me dedico a descubrir el funcionamiento de los procesos y proponer mejoras, una habilidad que, si me lo preguntan, todos deberíamos perfeccionar.

Estos primeros años laborales me llevaron a un propósito claro: hacer que las cosas sucedan, guiar a otros para que logren sus éxitos y, en el camino, intentar mejorar. Fue mi motor.

En su libro *Mujer despierta*, Tererai Trent, nacida en una aldea de Zimbabue, que a los dieciocho años era madre de cuatro hijos, prácticamente analfabeta, y doctorada años después en una universidad de los Estados Unidos, cuenta una experiencia que cambiaría su vida para siempre: como parte de una tarea en su comunidad, había logrado plasmar sus sueños por escrito, y se los mostró a su madre. Entre ellos, detallaba viajar a Estados Unidos, licenciarse y doctorarse. Su madre la miró amorosamente y le dijo: **“Los sueños tienen más sentido si están relacionados con la mejora de la comunidad. Es lo que le da el propósito a la vida”**.

Tererai tuvo un sueño, que además compartió con su aldea: transformar la vida de las mujeres de su comunidad.

Como ella, sostengo que los sueños tienen sentido cuando impactan en algo más grande que uno mismo. Aunque soñar con un poco de comodidad tampoco está mal.

Mis mudanzas forjaron el camino que me llevó a encontrar un propósito: aspirar a la transformación y acompañar a otras personas a desarrollar su talento para el logro de un bien mayor. **En mi integración está la síntesis. Una nueva forma de ser, de distinguir y de hacer...**

Como bien dijo Gustavo Cerati, “siempre es hoy”. Lo cual es una manera elegante de decir que el tiempo no se detiene y que la única opción es seguir avanzando. Y así lo hago. Con pasión, siempre con la certeza de que cualquier historia se cuenta mejor con una buena dosis de humor y aprendizaje.



Compartimos algunas preguntas que acompañaron nuestro recorrido y pueden ayudarte en el tuyo:

- ✓ ¿Qué te apasiona?
- ✓ ¿Cuáles son tus sueños?
- ✓ ¿Cuánto de vos está expresado en tu día a día?
- ✓ ¿Te conocés realmente?
- ✓ ¿Cuál es tu propósito?
- ✓ ¿Recordás el día que descubriste “qué querías ser cuando fueras grande”?
- ✓ ¿Qué fue lo que te despertó ese interés? ¿Sigue vigente? ¿O se transformó?